



LEÓN ROZITCHNER Y LO POLÍTICO: SU TIEMPO Y EL NUESTRO

AUTOR

Cristián Sucksdorf

Leon Rozitchner (1924-2011) fue un filósofo argentino. Este dato —acaso lo primero que ve quien quiere informarse sobre él— esconde en la mera corroboración biográfica una de las más notables persistencias en su obra: el modo en que su filosofía tiene en la realidad argentina su fundamento y su suelo existencial. Y esto se da incluso en los textos que podrían parecer más lejanos a nuestra inmediatez, como cuando examina las transacciones afectivas con las que san Agustín funda en el siglo IV el modelo humano cristianismo. O cuando lee, como si fueran “filósofos a la obra”, las declaraciones con que los invasores derrotados en Playa Girón esconden y revelan la estructura de la moral de la burguesía: el grupo se conforma de individuos inocentes, pero su verdad está en el asesino. Y lo mismo ocurre en su interpretación de la lucha infantil y subjetiva que Clausewitz continua por otros medios a través de una teoría adulta de la guerra. O también en su incesante lectura y relectura de la obra de Marx y las filigranas afectivas con que expone y comprende el tránsito de los sujetos que investigó Freud. Y así podríamos seguir, pasando revista por más de cincuenta años de producción intelectual. Pero de lo que se trata, en definitiva, es de que todos y cada uno de los momentos de la obra de Rozitchner tienen un correlato material ineludible en la realidad del país. Y, sin embargo, su nombre suele faltar en los programas y bibliografías dedicados al pensamiento nacional y latinoamericano.

Es cierto que su obra no transige con las temáticas y lugares comunes que suelen asociarse a “lo nacional”; para Rozitchner, “nación” y “patria” no eran afirmaciones, sino más bien el campo de una disputa. Incluso podríamos decir que parte fundamental de su tarea como filósofo estuvo dedicada a una interrogación feroz de los concesos en los que descansaban las ideas generales de nación, de pueblo, pero también de la Revolución o lo que era ser judío o ser de izquierda.

Un fino lector no solo de su obra sino también de su gestualidad político-existencial como fue Horacio González, entendió el costo de ese compromiso filosófico como un destino de soledad que lo emparentaba a Martínez Estrada. Y nombró esa soledad con una palabra coloquial, que era también una denuncia recurrente de Rozitchner: el ninguneo. Se trataba de los “sutiles mecanismos de la omisión y retracción de la referencia específica” (González, 2015, p. 142), un silencio forzado que se imponía sobre su obra. Seguramente que se lo leía; pero eso ocurría en privado, en público se afectaba indiferencia para no confrontar con sus cuestionamientos. Por todo esto, nada resulta más lejano a Rozitchner que la idea del filósofo recluso. La soledad a la que refiere González no es la de quien se aísla ante la incomprensión, sino más bien la del tábano socrático: admirado, repudiado, temido; alguien que —para decirlo en palabras de David Viñas— “no se siente cómodo en la comunión de los santos”. Quizás por esto mismo concluya Horacio González (2021):

su voz se confundía con la de un filósofo incapaz de comprender las formas dramáticas de lo colectivo y popular. No era así. León actuó como sobra doliente de lo popular, introduciéndose en el otro adverso, para escucharlo pensar. Un texto adverso de León era más comprensivo —como le gustaba decir a él: *de profundis*— que cientos de panegíricos a cualquier cosa que sea. (p. 390)

La comprensión “*de profundis*” de los problemas colectivos y populares no es para Rozitchner un agregado o un perfil más entre otros posibles de la filosofía, sino el meollo de su ejercicio. Hacer filosofía no es adiestrarse en la disciplina de los conceptos —sus modulaciones, gramáticas, linajes, etc.— sino habilitar desde este cuerpo que soy “esa experiencia personal de crear sentido”; correr el riesgo, entonces, de asumirme como índice de verdad histórica, como “nexo creador e integrador de las relaciones fragmentarias del mundo que verifican en mí su posible unificación” (Rozitchner, 2013, p. 132). Y la concepción rozitchneriana del sujeto como un absoluto-relativo señala precisamente en esa dirección. Es el conjunto de las relatividades históricas que me constituyen —aquellas que en cuanto vivencias me tienen por absoluto, pero a las que soy relativo, para ser justamente su absoluto— lo que da que pensar (y qué pensar) a la filosofía.

Acertaba Oscar Masotta cuando caracterizaba la filosofía de Rozitchner como “un intento de mantener palpitante la exigencia humana de racionalidad y de universalidad al contacto vivo con el mal y las tragedias de la historia” (Rozitchner, 2012, p. 22). Pero no por algo vinculado a una noción, un tanto de época, de “compromiso”, sino más bien porque sin esa historia —cuya forma es siempre (¿qué duda cabe?) la de la tragedia— no habría qué pensar ni para qué hacerlo. De modo que esa realidad nacional, ahora lo vemos, es el necesario correlato de toda filosofía que no sea una mera metodología escolar, porque es correlato, primeramente, del sujeto, de cada uno de nosotros en cada caso. Es por esto que el índice de verdad que conforma el sujeto jamás es una “mera subjetividad”, en el sentido de una interioridad opuesta a la exterioridad, sino que ese índice, para ser tal, debe sostener en sí mismo la tensión entre lo absoluto y lo relativo, entre las condiciones de mi existencia y mi propia capacidad de asumirlas e integrarlas. Decía Rozitchner en 1967 en su libro *Ser judío*:

Mi ser argentino reposa en este límite terrestre que delimita mi geografía mental, y el triángulo de esta geografía conjuga y enlaza su forma terrestre con mi biología, se extiende hasta apoyarse definiendo los límites de mi cuerpo, como si esa forma geográfica fuese ya, para mí, forma mía carnal. (Rozitchner, 2015, p. 39)

Vemos por qué los límites del sujeto no son ni pueden ser los de algo entendido como “interioridad”, sino más bien los de la vivencia de sus relatividades —aquello comúnmente llamado “exterioridades”— que lo conforman. Es por esto que toda la filosofía de Rozitchner aparece trenzada en los problemas de esa “geografía” más amplia —histórica, política, económica, etc.— que sostiene, pero también prolonga como geografía mental, el propio lugar subjetivo. Y esto nos pone entonces ya sobre la pista del planteo central que da unidad a los distintos trabajos de este dossier: lo político en la obra de León Rozitchner.

Pero, por lo que hemos podido ver hasta acá, si entendemos lo político como ese drama que conforma el conjunto de mis relaciones con la historia, los otros, el mundo, etc. —es decir, mi ser relativo— no podremos encontrar en toda su obra un solo fragmento ajeno a la dimensión de lo político. Y así como veíamos más arriba, incluso cuando lee a san Agustín, a los invasores de Playa Girón o a Marx y Freud, Rozitchner lo hace desde la

“geografía mental” de la Argentina, también podríamos decir que es todo su pensamiento lo que se tensa en la dimensión de lo político. No podemos encontrar en la obra de Rozitchner conceptos o textos que puedan ser definidos como políticos, si por esa definición entendemos una diferencia mediante la cual otros textos y conceptos no lo serían. Y es que, como solía repetir, si la sociedad no se mueve, la filosofía no piensa. De modo que lo político es justamente aquello que mueve todo pensar.

Pero, entonces, surge una pregunta inquietante para este dossier: ¿qué sentido tendría reunir trabajos que remitan a la cuestión de lo político en la obra de Rozitchner? ¿Acaso no acabamos de ver que toda la filosofía de Rozitchner se tensa sobre las vicisitudes de la vida en común, de ese conjunto de relatividades que llamamos “lo político”? Efectivamente. Pero, por eso mismo, la tarea principal que recorre este dossier no será tanto la de abordar lo político *en* el pensamiento de Rozitchner como la hacerlo *desde* él. Más que una región de su obra, lo político será en estas páginas un modo de interrogarla. ¿Y en qué consiste ese modo? En la confluencia de dos tiempos: la prolongación, más o menos explícita, de ese pensamiento situado que era el suyo en un presente político distinto, que es el nuestro. Y es que la filosofía es algo que, como todas las cosas, ocurre en el presente. Incluso debemos suponer que ese anochecer que frecuenta el Búho de Minerva está henchido también de su propia actualidad. No todo es vigilia; también el crepúsculo —el momento de la reflexión— está transido de conflictos que no esperan al día para estallar. Por esto, lo político en una obra —y más aún si esta busca la radicalidad de la filosofía— no puede ser un contenido político pasado, pasible de un trato ajeno a la presencia de la muerte, de la guerra, de la humillación, de las desigualdades de todo tipo que organizan la actualidad. Leer políticamente solo es posible desde la clave que nos presenta nuestro tiempo presente. Se trata entonces de tensar esas temporalidades diversas (el pasado de la obra y el presente que interpreta) como los extremos de la red en la que se pretende captar el sentido. No es otra cosa que hacer explícito el santo y seña de la interpretación rozitchneriana: para leer es necesario tener espíritus equivalentes con que subrogar esos otros espíritus que el tiempo sepultó en el papel.

LOS TEXTOS

Si bien todos los textos que forman este dossier se interrogan sobre la obra de Rozitchner de un modo diverso, hay en ellos un hilo común: la cuestión de la que hablaba más arriba de una doble temporalidad, que aparece en todos ellos, aunque con distintos grados de visibilidad. El texto que abre el dossier pertenece a Amador Fernández Savater; en él se hace visible el problema de esa doble temporalidad adosado a otro, que podríamos definir como una doble espacialidad. El autor se propone interpretar la transición democrática española a la luz de las herramientas conceptuales que Rozitchner elabora para analizar el tránsito del terrorismo de estado a la democracia en Argentina. Pero esa doble espacialidad funciona sobre fondo también de la doble temporalidad, que se juega entre esas transiciones democráticas de fines de los setenta y comienzos de los ochenta, y nuestro presente. Por su parte, el artículo de Lila Feldman centra su atención no solo en los

textos sino también en la figura de intelectual que encarna León Rozitchner. Su problematización se inscribe en el espacio concreto del psicoanálisis, pero no entendido como un conjunto predeterminado de conceptos, teorías y prácticas, sino más bien como un espacio abierto y en disputa, que exige aún ser reconfigurado y actualizado por las zonas de la experiencia que los movimientos de la sociedad —especialmente los que se agrupan bajo el nombre de feminismos— han habilitado para repensar. Pedro Yagüe pone el foco de su trabajo en un conflicto concreto de nuestra historia: la toma del cuartel de Tablada por parte del Movimiento Todos por la Patria y los métodos ilegales con que fue reprimida, algo como un retorno de lo represivo que incluyó la clandestinidad, la tortura y la desaparición de personas. Ese episodio le sirve al autor como un analizador de las posiciones político-filosóficas de Rozitchner y sus modos de intervención. El artículo de Emiliano Exposto pone en tensión la relación de esa doble temporalidad —el tiempo de Rozitchner y el nuestro—, prolongando los textos, sus conceptos y problemas sobre una temática que ha ido ganado en estos últimos años una centralidad indudable: el conjunto de malestares agrupados bajo la denominación de salud mental. Nahuel Michalski retoma la pregunta fundamental sobre los afectos que mueven al deseo de servidumbre y a su cerrada defensa. Para hacerlo establece un contrapunto conceptual entre León Rozitchner y Walter Benjamin, interesado en comprender a cada uno sobre fondo del otro. Desde una perspectiva centrada en los textos rozitchnerianos de comienzos de los años sesenta — particularmente la tesis doctoral y la tesis complementaria—, Joaquín Alfieri reflexiona sobre la importancia del concepto de totalidad en lo que define como la “modulación teórica del marxismo rozitchneriano”. Por su parte, Florencia González Cuba se interroga sobre el problema de la subjetividad y la política en Rozitchner, haciendo especial hincapié en el problema de la relación entre democracia y guerra, especialmente desde la configuración que permite nuestro presente. En un contrapunto con esta última posición, Facundo Abramovich y León Lewkowicz trabajan a través del concepto de derrota las implicancias del problema de la relación entre guerra y política en la transición democrática, centrándose especialmente en la confrontación de Rozitchner con los grupos de las revistas *Punto de vista* (alfonsinismo) y *Unidos* (peronismo renovador). El texto que lleva mi firma apunta a reponer el origen y la estructuración del que acaso sea el concepto más longevo de toda la obra de Rozitchner: la verificación. Este concepto permite enhebrar de un modo muy particular todos sus textos políticos, y en su formación se anticipa ya el programa filosófico-político de “La izquierda sin sujeto”. Pero, sobre todo, se trata de mostrar de qué modo, ante la parálisis política qué significó la caída de la apuesta por Frondizi, Rozitchner propone una nueva radicalidad cuyo eje es el sujeto como índice de verdad, es decir, cómo el fracaso político puede devenir un nuevo comienzo. Finalmente, el texto que cierra el dossier es una entrevista realizada a Diego Sztulwark. En la conversación rondan constantes estas dos temporalidades, especialmente vinculadas a una necesidad: las lecciones —imprescindibles para abordar nuestra coyuntura— que podríamos sacar de aquello que una generación de maestros (Rozitchner, González, Piglia, Viñas, etc.) pensó en los bordes del fracaso de sus apuestas políticas. Se trata de una cita entre generaciones, y de los modos y posibilidades de apropiarse de un legado siempre dispuesto y siempre esquivo. La cuestión fundamental

que organiza esa cita entre generaciones —siempre a punto de fracasar y siempre posible— la formula Sztulwark del siguiente modo como una inquietud: ¿qué hacer cuando uno comprende que se preparó toda la vida para una serie de escenas que no van a ocurrir?



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

González, H. (2015) “Fenomenología del ninguneo”, en *León Rozitchner: contra la servidumbre voluntaria. Jornadas en la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, pp. 141-160.

González, H. (2021) *Humanismo, impugnación y resistencia. Cuadernos olvidados en viejos pupitres*, Buenos Aires, Colihue.

Rozitchner, L. (2012) *Moral Burguesa y revolución*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Rozitchner L. (2013) *Persona y comunidad. Ensayo sobre la significacion ética de la afectividad en Max Scheler*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Rozitchner, L. (2015) *Ser judío. Y otros ensayos afines*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.